

EL TRABAJO EN JPIC

A mis hermanos de Congregación

El trabajo por un mundo donde haya más Justicia, más Paz y mayor cuidado por la Creación (JPIC) se ha convertido actualmente en un poderoso movimiento esperanzador. La Iglesia se suma a él, aportando desde su tradición evangélica valiosos elementos, y en la medida que asume su compromiso, se ve renovarse ella a sí misma. Estoy convencido que se trata de un *Kayrós*, un regalo con que el Señor obsequia a su Iglesia y un invaluable servicio de caridad para el mundo. Si ahora debiera calificar mi trabajo con una sola palabra, elegiría el de "espiritualidad". Cuando uno toma en serio este compromiso, ve que la vida entera se transforma, los institutos religiosos se vivifican y se redescubren importantes aspectos evangélicos. Al terminar el sexenio, les ofrezco este sencillo material en el que explico mis supuestos de trabajo a la vez que fruto de mis reflexiones y experiencia. Reconociendo lo que hemos avanzado juntos, veo todo lo que podríamos hacer mediante un trabajo de conjunto y con mejor organización. Continuemos caminando y haciendo camino al andar...

Un nuevo paradigma

El trabajo en JPIC es un nuevo *paradigma* de la acción caritativa. Debemos esta categoría, hoy en boga, al célebre trabajo de T. Kuhn sobre las "revoluciones científicas". Este investigador prueba que para el conocimiento de la realidad se requiere siempre de cierto modelo ("paradigma"). Sin algún paradigma resulta muy difícil hacerlo; por más que ninguno se adecue totalmente a la realidad y queden siempre fuera algunos fenómenos de los que el modelo no da cuenta. Al analizar la forma cómo progresan las ciencias, Kuhn observó que cuando esa porción de realidad sin explicación va resultando ya considerable, la comunidad científica se abocará a la construcción de otro modelo más capaz y abandonará el precedente. También la acción caritativa ha necesitado de modelos, con la diferencia de que el nuevo no sustituye a los anteriores, sino que los complementa con otro campo y los sobredetermina.

El trabajo en JPIC es un nuevo paradigma en cuanto a las **formas de acción social**. La Iglesia ha escrito páginas heroicas en acciones asistenciales o de beneficencia. Es en ellas cómo ha expresado el amor misericordioso de Dios. Ha construido grandes obras (hospitales, asilos, orfanatorios, etc.) y ha especializado a su personal para dar una esmerada atención. A mediados del siglo pasado –durante la "década del desarrollo"- se abrió camino la acción de promoción humana o desarrollo comunitario. Más que considerar al necesitado como "objeto" de la caridad, había que convertirlo en "sujeto" de su propio destino, y proporcionarle herramientas para que él mismo, una vez capacitado, pudiese satisfacer sus propias necesidades. No se alcanzaba a ver que el desarrollo de una región no se puede realizar mientras no se cambien las relaciones estructurales que impiden entrar en este proceso. Esto es cabalmente lo que pretenden las actuaciones en JPIC. Repito que no se trata de invalidar las acciones sociales precedentes, que seguirán siendo necesarias; pero esta nueva forma de trabajo sí sobre determina y orienta las anteriores. Recientemente, Juan Pablo II acaba de advertir sobre la forma actual de "globalizar la solidaridad". Dice que la asistencia actual "debe tener en cuenta a todos los pueblos que forman las regiones del mundo" y además, que "sería más conveniente realizar una auténtica cooperación sobre la base de relaciones paritarias y recíprocas, que reconozcan el derecho de todos y cada uno a ser dueños de su propio futuro". De este modo, "la ayuda ofrecida al otro deja de ser la limosna del rico al pobre --humillante para este último y quizá fuente de orgullo para el primero--,

para convertirse en algo compartido fraternalmente --es decir, en reconocimiento de una auténtica igualdad entre todos" (Mensaje a la XVII Asamblea General de Caritas Internationalis, del 7 al 12 de julio 2003).

Sigue siendo necesario, por supuesto, "dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, curar al enfermo, cobijar al sin techo, educar a quien no sabe"... Pero tales carencias no son ya atribuibles al azar o a supuestas capacidades inferiores, sino que se reconocen debidas a una injusticia estructural. La forma como actualmente se enfoca la satisfacción de estas necesidades básicas es la de los *derechos económicos y sociales*, y como tales, son exigibles. Los Estados, principales responsables, siguiendo las políticas económicas neoliberales, restringen el gasto social y subsidian en cambio a las grandes empresas. En estas condiciones el asistencialismo le resulta funcional al sistema. Por supuesto que habrá que seguir ayudando, ahora con mayor organización, como está haciendo Caritas. Pero al mismo tiempo ha de presionarse a los Estados a que asuman sus responsabilidades y resistan las presiones (v.gr., el pago de la deuda). Algunos países pequeños no pueden ya tomar decisiones económicas importantes y bajo las directrices de las grandes instituciones financieras mundiales, son incapaces de garantizar a su pueblo las condiciones de vida mínima. Por tanto, la responsabilidad toca más a dichas instituciones financieras. También a la comunidad internacional pueden exigírsele en justicia ciertas responsabilidades solidarias, si atendemos a las deudas colonial y ecológica que han permitido el bienestar de las poblaciones de los países ricos.

El trabajo en JPIC es un nuevo paradigma en cuanto al **sujeto**: Al decidir nuestras opciones, nos habíamos propuesto dar nuestra preferencia (no exclusiva ni excluyente) a los *pobres*. Esta categoría, en sí misma, no connota a las causas que provocan la pobreza. Ahora en cambio, nuestra opción va por los económicamente "*explotados*" (o "*excluidos*" de la vida); a los políticamente "*oprimidos*" y a los culturalmente "*discriminados*". Esta conceptualización, por una parte, amplía el sujeto para atender a muchas personas que sufren de las injusticias sin ser necesariamente *pobres*: perseguidos políticos, víctimas de la guerra, desaparecidos, mujeres o niños discriminados, profesionistas emigrados, incluyendo a ese gran oprimido que es nuestro planeta Tierra. Involucra al trabajo social a muchas personas que no trabajan directamente con los pobres, pero que se interesan por estos problemas y que han optado por un proyecto social que incluya a todos.

También se trata de un paradigma nuevo en cuanto al **nivel de trabajo**. Hace unos años, las llamadas *experiencias de inserción* insistían en la necesidad de adaptarse y sumergirse en lo *local*. Proviendo estos agentes de otros ambientes sociales, tuvieron que realizar un verdadero trabajo etnográfico para comprender y asimilarse a otros ambientes ajenos a los suyos, que constituyen la "*subcultura de la pobreza*". Aprendieron a ver la vida como la veían los pobladores de las barriadas o rancherías, para quienes su horizonte geográfico es limitado. "*Pensaban y actuaban localmente*". A medida que acompañaban a la gente en la solución de sus problemas, cobraron conciencia que muchos de tales problemas tienen solución en ámbitos más amplios. Una característica de nuestro tiempo es que por primera vez en la historia podemos contemplar los problemas a nivel global. Desde esta perspectiva, los problemas locales se visualizan mejor y las soluciones pueden orientarse de modo que muchas luchas locales converjan sobre los mismos objetivos causales. Es por eso que ahora se dice "*Piensa globalmente y trabaja localmente*". Incluso, considerándonos como un conjunto orgánico, se requiere cada vez más de algunos que "*piensen globalmente y actúen globalmente*", ya que se trata de incidir en los niveles más amplios posibles. Los misioneros que operamos a estos niveles ejercemos un auténtico trabajo evangelizador; pero se nos facilitará más si no perdemos el contacto con otros hermanos que se encuentran en la base: "*Trabaja globalmente y piensa localmente*".

También JPIC posee un **método** específico. Tomado del utilizado por la *revisión de vida* de los jóvenes obreros de la JOC francesa de quien sería el cardenal Cardijn, entró plenamente en la pastoral latinoamericana a partir de Medellín. Tiene tres fases: VER – JUZGAR – ACTUAR, con la advertencia

que la actuación constituirá un nuevo VER, abriendo una espiral, y que los creyentes complementamos con una fase celebrativa ineludible, para ritualizar nuestros logros y fortalecer nuestras esperanzas.

Una mirada a nuestro mundo global

El trabajo en JPIC comienza con el análisis de la realidad. Entre más preciso sea nuestro análisis habrá mayores garantías de la efectividad de nuestro trabajo. Contamos ahora con análisis globales confiables sobre nuestro mundo en su globalidad, por ejemplo, la *Carta de la Tierra*, elaborada gracias a la consulta más amplia nunca antes habida, así como también están los informes de la ONU. Sin embargo, aunque podemos valernos de estos análisis elaborados por otros, éstos no sustituyen a los que modestamente conseguimos hacer por nuestra cuenta. Hay que advertir que la realidad no se nos muestra fácilmente, sino que requiere de cierta violencia para que revele toda su complejidad. Las impresiones subjetivas que obtenemos directamente de cualquier ambiente social no resultan confiables. Percibimos siempre a través de nuestros filtros prejuiciosos (racial, ideológico, psicológico) de los que no solemos ser plenamente concientes. Contra el positivismo, que se reduce a la simple compilación de información y de datos, se precisa de una adecuada **teoría social**. La concepción que tienen algunos a propósito de "los teóricos" es la de ciertos bichos raros que se la pasan en las nubes. Sin embargo, como alguien dijo, *"nada es más práctico que una buena teoría"*. A diferencia de lo que acontece en las ciencias exactas, que el nuevo paradigma sustituye al anterior, en las ciencias sociales coexisten diversas teorías sociales. No cualquiera de estas es indiferentemente aplicable para nuestros análisis. Algunas de ellas se elaboraron para justificar la dominación y perpetrar situaciones reprobables. Existe una *práctica teórica* y debates teóricos de consecuencias sumamente importantes. Los criterios para nuestros análisis es ***que se realicen desde la perspectiva de los pobres*** (hay, por ejemplo, algunos "análisis de mercado" elaborados desde los ricos.); ***que tengan un mínimo de rigor científico***; que sean objetivos (lo que no significa que sean "neutrales", ya que hay una toma de posición previa); ***que se complementen desde una mirada de fe***, y ***que se hagan con vistas a la acción*** y no por simple afán de erudición.

Las teorías sociales pueden converger con **ideologías**. No hay que entender a las ideologías necesariamente de modo negativo. Son, es cierto, simplificaciones de la realidad, ya que su función principal es aglutinar a amplios sectores y dirigirlos hacia la acción. Tienen, pues, un componente emotivo del que carecen las teorías. Las ideologías se elaboran siempre de acuerdo a los intereses de determinado grupo social, y por lo mismo, tienden a deformar la realidad para acomodarla a ellos, más todavía aquellas destinadas a mantener situaciones de privilegio, que aquellas otras destinadas a transformar dichas situaciones. Cuando las ideologías se convierten en **doctrinas** se vuelven rígidas y constituyen un obstáculo para los análisis. Ninguna teoría está, pues, acabada, y se requiere de una constante revisión.

Aparte de la teoría, los análisis requieren de **información** confiable. Hay técnicas de recolección de datos, entre las cuales está las que nos brindan los *media*. Ya que los principales *mass-media* se nutren de las grandes agencias noticiosas, al servicio del gran capital, nos obliga a la cautela y selectividad. Ahora el Internet nos ofrece nuevas posibilidades --durante este tiempo ha sido mi principal fuente de colecta de datos--; sin embargo hay que tener cuidado, primero, para saber la fuente de origen de la noticia, y segundo, pues la sobre-información suele ser tan lamentable como la falta de ella.

Ahora podemos conocer la realidad global de nuestro mundo. Contamos, por primera vez, con cifras bastante precisas y estadísticas confiables. Las **estadísticas** nos revelan la problemática en su globalidad. Hay, empero, que saberlas leer. Detrás de los números se encuentran hermanos y hermanas que sufren y que mueren cada día. Los números chorrean sangre, sudor y lágrimas que a los corazones sensibles no pueden dejar indiferentes. Cada persona concreta que nos cuenta su pequeña historia nos

estremece fácilmente; pero cuando vemos las dimensiones globales de situaciones análogas no podemos menos de conmovernos, reaccionar y actuar, lo que ahora se hará también globalmente.

Gracias a mi trabajo como encargado de JPIC y gracias a mi ubicación en Roma –esa atalaya mundial-- pude conocer mucho mejor la realidad mundial, cuyo análisis prospectivo a 20 años he publicado en algunas partes. Un consumo irresponsable de los recursos del planeta está poniendo en peligro la posibilidad misma de la vida sobre el mismo. La desigualdad económica concentra inmensos capitales en muy pocas manos, mientras sume en la miseria a miles de millones de personas. De continuar estas políticas se llegará a una situación insostenible. Estamos ya en posibilidades de acabar con la pobreza en el mundo, sin precisar de grandes transformaciones; pero falta voluntad política para ello, siendo indiferentes, incluso, para las próximas generaciones. En lugar de esto, se destinan grandes sumas a la construcción de armas destinadas a la destrucción masiva y se violan los derechos humanos elementales. También pude conocer aspectos esperanzadores, como son los gigantescos movimientos, de muy variada orientación, que coinciden en buscar otras formas distintas de organizar nuestro mundo.

Nuestras fuentes de energía

Es el conocimiento de la realidad la primera motivación para nuestro compromiso en JPIC: Ante el dolor de inmensas multitudes, ante la conciencia de que es la vida misma la que está en peligro, podemos poner entre paréntesis todas nuestras identidades –de cultura, de ideología, de profesión y incluso de fe y de pertenencia institucional--, hasta el punto en que nos consideremos simplemente como habitantes del mismo planeta. "Todos vamos en el mismo barco: o todos nos hundimos o todos nos salvamos". Este ejercicio es importante, tanto para restar importancia a "lo que nos corresponde", como para abrirnos a un macroecumenismo con todos aquellos que busquen un mundo mejor. Pero inmediatamente después de este "vaciamiento", nos hemos de replegar sobre lo que constituye nuestras fuentes de energía, para "beber en el propio pozo" y encontrar fuerza para trabajar.

Es muy alentador constatar la insistencia y la claridad con las que la **Biblia** ilumina el trabajo en JPIC: los relatos del Génesis, la gesta del Exodo, la vocación de los profetas, la prioridad de la misericordia sobre el sacrificio... son tan sólo algunos hitos del Antiguo Testamento. La proclama de Nazaret, el Sermón de la Montaña, el Juicio Final y muchas parábolas, tales como la del Buen Samaritano, siendo pasajes centrales en la predicación de Jesús, fundamentan más que suficientemente nuestro compromiso cristiano. La reflexión que hemos conseguido congregacionalmente en el Proyecto Palabra-Misión constituye un apoyo invaluable. Ahora nos sorprende cómo pudimos haber recorrido tantas veces estos textos sin percibir toda su exigencia. Es justamente desde nuestro trabajo transformador mismo cómo comprendemos los textos, pues nuestra habilidad de racionalización y de ideologización condicionan nuestras traducciones y nuestras interpretaciones de los textos sagrados.

Por importante que sea nuestro acercamiento directo a la Palabra de Dios, ésta no es suficiente. Se requiere de la reflexión teológica para acercar la palabra a la problemática y a la mentalidad de cada tiempo y lugar. En especial, el desarrollo de la teología moral. La **enseñanza social de la Iglesia** atravesó por cierta crisis, al buscar su fundamentación en bases filosóficas ajenas a la tradición bíblica y al pretender proponer un proyecto social propio. En cambio, el pontificado de Juan Pablo II se ha destacado, no tanto por sus grandes encíclicas sociales, cuanto por hacer llegar su voz continuamente, por medio de su representante, en todos los principales foros y ante todas las cuestiones en debate. Me parece que nos falta estudiar más este magisterio y hacerlo nuestro, no considerándolo tanto como una "doctrina" cerrada, cuanto como una reflexión estimulante, abierta y en desarrollo. En nuestros días, este magisterio no sólo lo ejerce el Papa, sino también las Conferencias Episcopales y las Uniones de Superiores Mayores de institutos religiosos. **En la Congregación**, tenemos ya una tradición y un magisterio suficiente. Baste ver los capítulos de renovación para constatar cómo este tema ha venido

recomendándose con una insistencia creciente.

Globalización de la Solidaridad

Evangelizar no es tanto transmitir fielmente una doctrina abstracta, cuanto crear las condiciones para que Cristo se siga encarnando en cada persona, en cada cultura y en cada acontecimiento. Esto se logra, ante todo, mediante el testimonio de caridad; del interés que tengamos los evangelizadores por todas y cada una de las personas afligidas, especialmente las más pobres, descubriéndolas como sacramento de Jesús. Es este el criterio del juicio: *"tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; estuve desnudo y me vistieron; fui forastero y me hospedaron; estuve enfermo y me visitaron; estuve en la cárcel y se interesaron por mi"* (Mt. 25). Cuando nos encontramos insertos en alguna localidad marginal, el dolor ajeno nos golpea a cada momento y sentimos el apremio de una respuesta caritativa limitada tan sólo por nuestros recursos. Las circunstancias de la vida actual nos llevan a otras soluciones: en las ciudades, riesgos de ayuda a desconocidos; cuestionamiento de ciertas formas de beneficencia, limitaciones de recursos y multitudes ingentes de necesitados, por una parte, y por otra, las posibilidades que nos brindan los medios de comunicación, gracias a los cuales se nos "aproximan" ante nuestros ojos ("se nos hacen próximos") poblaciones enteras víctimas de la guerra, de la injusticia o de desastres, aún en los países más remotos. En el momento actual, en nuestra "aldea global", conocemos con suficiente certeza la magnitud de los necesitados: 840 millones de hambrientos; 1,100 de personas que carecen de agua potable; 1,200 millones no tienen vestido suficiente; 100 millones sin techo (50 millones de niños de la calle); 175 millones de emigrantes; 100 millones sin techo; 56 países tienen prisioneros de conciencia; 6,020 niños mueren cada día por diarrea y 2,700 por sarampión; 125 millones de niños sin escuela. No son sólo números, son personas vivientes.

Ahora percibimos que no es posible una acción caritativa eficaz intentando remediar las necesidades persona por persona. Se requieren **transformaciones estructurales**, a nivel global, para que todos estos hermanos sufrientes, puedan mejorar su situación. La economía mundial podría perfectamente solucionar estos problemas, aun sin grandes cambios en su funcionamiento (bastarían, por ejemplo, tan sólo 40 días del presupuesto bélico estadounidense). Esto nos lleva a nuevos estilos de trabajo caritativo. Por supuesto que quienes se encuentran presentes en los ambientes empobrecidos dan un testimonio valiosísimo y son un punto de referencia indispensable; pero somos todos, cualquiera que sea el sector donde estemos trabajando, quienes podemos contribuir a que cambie esta situación. Es justamente éste el campo de JPIC y se requieren más evangelizadores que desarrollen su misión moviéndose en niveles más altos y de forma más abstracta. Tengo la impresión que la viabilidad de la Iglesia en este siglo no se decidirá tanto por observancias disciplinarias, ni por la fidelidad doctrinal, sino por las respuestas que demos a estos grandes desafíos de hoy. Esto nos lleva a una cuestión que fue debatida en Latinoamérica entre 1976 y 1992, de si primero había que cambiar las estructuras o si primero cambiar los corazones que son los que mueven las estructuras (*"para que un bosque sea verde, cada uno de los árboles deben ser verdes"*, decían sus partidarios). La supuesta dicotomía quedó ya superada, científicamente por la teoría de sistemas y teológicamente por el magisterio pontificio mismo: los corazones se cambian en su lucha por cambiar las estructuras.

Renovando la Vida Religiosa

En Roma existen dos principales instancias de coordinación de los trabajos de JPIC. Por un lado está el Consejo Pontificio de Justicia y Paz. Pablo VI instituyó la Comisión Pontificia desde 1967, que Juan Pablo II transformó en Pontificio Consejo Justicia y paz en 1988, por la Constitución Apostólica "Pastor Bonus". Profundiza y difunde la doctrina social de la Iglesia, recoge informaciones y trabaja

para promover estos valores, especialmente en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz. Con él se coordinan las comisiones diocesanas de Justicia y Paz, en las pocas diócesis en que funcionan. La otra instancia es promovida por las Uniones de Superiores y de Superiores Generales de las diversas congregaciones religiosas, por medio de una Comisión especial. El colectivo de promotores y promotoras generales está vinculado a ella; aunque funciona de manera autónoma, así como también lo hacen las Comisiones Interreligiosas en varios países. Ya que los religiosos mantenemos mayor carisma profético, nuestro trabajo suele ir por delante del que realizan las comisiones diocesanas, más preocupadas por la estabilidad institucional.

Es impresionante el potencial representado por los religiosos y las religiosas: Un millón de personas pertenecemos a dichas Uniones, diseminados por todos los rincones del planeta. Estos hermanos y hermanas suelen tener considerable proyección social; son honestos, desinteresados, con buena preparación y con mística, acompañan al pueblo en sus luchas. Disponemos de redes de comunicación propias y aunque en algunos lugares sufren persecución, por lo general gozan de prestigio y autoridad moral entre la gente y ante los gobiernos. Especialmente las congregaciones misioneras tenemos la visión de la globalidad. El momento actual pide de los religiosos una respuesta que implica *testimonio, levadura y profecía*. Se nota la tendencia de los religiosos a participar activamente en las instancias mundiales más elevadas, "*nuevos areópagos*" de nuestro tiempo: unas veinte congregaciones religiosas han obtenido su estatuto de ONG reconocido ante la ONU. Su presencia en estos ambientes ha sido reconocida por algunos funcionarios como "la gran novedad en la Organización en los últimos años".

El colectivo de promotores y promotoras generales estamos bastante integrados. Hemos profundizado juntos nuestra tarea; participamos en Grupos de Trabajo sobre problemáticas concretas y secundamos algunas campañas importantes, como la de la cancelación de la deuda de los países pobres. Ha sido para mí muy enriquecedor el trabajar con hermanos de diversas congregaciones y comprobar todo lo que compartimos, a la vez que lo específico de nuestros respectivos Carismas institucionales.

El trabajo por la JPIC es un área de pastoral reconocida. El mismo Juan Pablo II habló sobre la "Pastoral de los Derechos Humanos" en su discurso dirigido al Consejo Pontificio en 1999. Sin embargo, para la Vida Religiosa es mucho más que ello. Algunos la consideran un "*eje transversal*" que atraviesa todas nuestras instancias: el apostolado, la formación, la espiritualidad, la economía, el área vocacional, el gobierno, etc. Esta expresión –"*eje transversal*"-- tuvo su origen en los colegios, a propósito de evitar que la vivencia de la fe se redujera a sólo un curso específico, sino que debiera atravesar toda la currícula, para acercarla a la vida. Corre el riesgo de que se convierta en un simple añadido en la programación de cada área. Para quienes tenemos una formación escolástica, prefiero el concepto del "objeto formal", *sub specie quo* puede vivirse toda la vida religiosa, incluyendo la *lectio divina* misma o como vimos, el ejercicio mismo de la Caridad.

Quienes están promoviendo la filosofía del *desarrollo sostenido*, prueban la imposibilidad de que todo el mundo pueda alcanzar alguna vez el nivel de vida que actualmente llevan los países europeos o de América del Norte. Para ello harían falta otros dos o tres planetas como el nuestro, ya que los recursos no son suficientes. Por otra parte, de continuar las pautas consumistas actuales, el planeta no puede sostener este estilo más allá de unas cuantas décadas. Si queremos un mundo más equitativo y mayor armonía con la naturaleza es preciso que vastos sectores de la humanidad acepten vivir de otra manera. Conseguir esto y en un tiempo razonable no es fácil. De no cambiar pronto el rumbo de las macrotendencias podrían llegar a un punto en que los procesos sean irreversibles. De ahí la importancia de las pequeñas comunidades proféticas, que ensayen estilos contraculturales alternos. Se precisa que tales formas de vida sea suficientemente atractivas para contagiar a muchos a seguir su ejemplo, por lo que más que vivir en la austeridad, se requiere optar por un consumo responsable, sin olvidar la dimensión lúdico celebrativa.

Las comunidades religiosas podríamos contarnos entre estos grupos. Con ello se renovaría también nuestra comprensión de los **Consejos Evangélicos**: dentro del *voto de pobreza* podría incluirse el cuidado por la Casa Común, la ecología de nuestro planeta, así como el compromiso por acabar con la pobreza y ensayar un consumo más responsable y solidario. El *voto de obediencia* llevará a superar formas patriarcales de gobierno y normativa, para dar lugar a estilos menos piramidales y más circulares de comunidad, construida en respeto a las diferencias culturales, generacionales e ideológicas. El espíritu del diálogo, de la *no-violencia* y la cultura de los derechos humanos tiene elementos aprovechables para ello. Por último, la celebración gozosa de la Creación, el cuidado del cuerpo, así como la denuncia de formas de discriminación u opresión debidas a comportamientos sexuales compulsivos podrán enriquecer también nuestro *voto de castidad*.

El trabajo en JPIC es una buena ayuda para la **práctica de las virtudes**. Las *virtudes teologales*: la *Fe* para ver la realidad con los ojos de Dios, descubriendo el rostro sufriente de Cristo en las multitudes empobrecidas; la *Esperanza*, para descubrir los signos de la presencia transformante del Espíritu en un mundo en el que parece que el mal domina impunemente; la *Caridad*, como hemos dicho, para un trabajo eficiente en favor de los más necesitados de todo el mundo. También las *virtudes cardinales*, pues es un trabajo que requiere mucho de la *prudencia*, no en el sentido que damos usualmente, de quedarse siempre un paso atrás, sino para adecuar el ritmo de nuestro trabajo a lo que las circunstancias pidan, a veces para correr y a veces para dar marcha atrás. La *justicia* como estilo habitual de vida, en nuestras relaciones cotidianas; la *fortaleza* para resistir los obstáculos y los golpes que inevitablemente sobrevienen en este trabajo, y la *templanza* concomitante al estilo de desarrollo sostenido. También esta práctica debidamente realizada ayuda al desarrollo de la personalidad. Ayuda a superar algunas *neurosis y desequilibrios*, tales como el espontaneísmo (hacer cosas sin un debido análisis), los protagonismos (que haya justicia, pero que sea yo quien la consiga), rebeldías adolescentes (¿se lucha contra el Sistema o contra papá?), miedos infundados, etc.

Formas de trabajo

En mi trabajo como promotor general de JPIC me propuse cinco campos de acción: acompañar y asesorar a los promotores provinciales, sensibilizar a los miembros del instituto, organizar una secretaría (banco de datos, acopio de documentación), vincularme con los promotores y promotoras generales de otras congregaciones religiosas y cierto trabajo directo (que considero indispensable). Los primeros años tuvo preferencia la sensibilización, mediante un taller que impartía a quienes lo solicitaban, el WebSite < www.utopia.pcn.net >, un boletín mensual suplemento a nuestro boletín oficial y un noticiario electrónico (Heraldo de Paz). Luego fui perfilando lo que suele conocerse como el "*job description*" o sea, el perfil del encargado. Esto podría, a su modo, aplicarse también a los promotores provinciales.

Encuentro que el trabajo en JPIC puede ser muy variado y admite numerosas formas:

- Estudio sociológico de las principales problemáticas mundiales.
- Elaboración de material pedagógico de fácil comprensión.
- La formación sistemática mediante cursos, talleres o encuentros.
- *A nivel local*, acompañar a la población en su organización para luchas concretas: *los problemas comunes exigen soluciones comunes*.
- Acompañar a cada una de las víctimas, en la defensa de sus respectivos derechos humanos.
- La prevención de tales violaciones, mediante talleres sobre Derechos Humanos.
- *A nivel regional*, influir en la opinión pública, mediante colaboraciones con la prensa o la radio locales, o cartas de lector o radioyente.
- La oposición a la guerra contra Irak puso en relieve la importancia de las acciones pequeñas (una firma, una vela, una bandera, asistir a una manifestación) para la formación de la opinión

pública. Esto es algo que todos podemos hacer.

- *A los más altos niveles* posibles puede llegarse, mediante el cabildeo (lobby), tal vez unidos a otros grupos o movimientos afines.
- Aunque por razón del ministerio sacerdotal no sea conveniente la participación en política partidista, nos corresponde perfectamente formar a los laicos para ello.

En nuestra Congregación religiosa

Durante este tiempo he podido testimoniar en nuestros hermanos un esperanzador avance en la sensibilización por los temas sociales. Por supuesto —tal y como sucede en todos los institutos— dicho avance ha sido desigual. Sin tratar de clasificar a cada hermano, podríamos distinguir cinco tipos de actitudes dentro de un *continuum*, las cuales requerirán de tratamientos diversos: los "*profetas*" (quienes sienten ya tener un espacio reconocido), los "*eficientes*" (los más capaces, algunos de estos van siendo ya nombrados como promotores), los "*simpatizantes*" (pueden colaborar si se les sabe llegar), los "*indiferentes*" (infaltables) y los "*oponentes*" (van siendo menos).

Se trata de una verdadera conversión hacia la JPIC, la cual se dificulta por varias razones:

- *Dificultades teológicas.* Es difícil trabajar en JPIC con una espiritualidad dualista, desentendida de las responsabilidades mundanas; con un providencialismo que juzga inútiles nuestras luchas; con una inclinación por el milagro que espera de lo sobrenatural el remedio a nuestra falta de previsión; con una teología moral centrada en el individuo...
- *Dificultades políticas.* Aún reconociendo la libertad de opciones políticas entre nosotros, hay algunas posturas desde las cuales no se puede trabajar en JPIC.
- *Dificultades formativas.* Para este trabajo no vale la sola buena voluntad. Un conocimiento erróneo de la realidad puede costar mayores sufrimientos de los que queremos evitar.
- *Dificultades psicológicas.* No ayudan al trabajo en JPIC el miedo irracional, los protagonismos, los resentimientos adolescentes, la mentalidad prejuiciosa, etc.
- *Dificultades económicas.* Disponemos para estos trabajos de pocos recursos tanto económicos como de personal.

Ante la imposibilidad de dar seguimiento a todos los problemas y campañas relacionados con JPIC, los institutos religiosos se van especializando y enriquecen con su experiencia a las iglesias locales. Aquellos que por Carisma, tienen un sujeto definido, lo hacen sin mayor dificultad (los trinitarios se especializan en combatir los secuestros; los franciscanos, en ecología; los escalabrinianos en emigrantes; los escolapios, en niños de la calle; las Hermanas del Buen Pastor en combatir el tráfico de mujeres, etc.). Otros, asumen alguna opción, apoyados en su tradición (los jesuitas, los refugiados; los dominicos, los derechos humanos). Nosotros los claretianos, que no tenemos señalada una tarea específica ("*válganse de todos los medios posibles*"), podemos apoyarnos en nuestra vocación misionera de "servidores de la Palabra" destinada a todas las culturas. El criterio que nuestro fundador nos recomendó --"*lo más urgente, oportuno y eficaz*"— podría también ayudarnos a elegir en determinado momento aquellas prioridades, visualizadas regionalmente, que consideremos de urgencia y para las cuales tengamos posibilidades de incidir con eficacia.

En el último año, mis comunicados se centraron en cuatro prioridades correspondientes a cada una de las cuatro áreas de JPIC: Para *Justicia económica*, la cancelación de la deuda de los países pobres (una decisión del último capítulo, en cuya campaña estuvimos involucradas unas 65 Congregaciones religiosas). En este rubro, CICLA se comprometió a involucrarse en la Campaña Continental contra el ALCA (un tratado de libre comercio que se pretende imponer al Continente en condiciones más favorables a las transnacionales que a los pueblos). En *derechos humanos*, los emigrantes (la CEC,

IBERIA y NACLA le están dando especial relevancia). En *Paz*, aparte de dar seguimiento a la problemática del Medio Oriente, tomamos las Guerras Africanas, a las que no se suele prestar atención debida. En *ecología*, el año 2000 con un Grupo de Trabajo de promotores especial sobre este tema, seguimos el problema del Calentamiento del Planeta, y este año, por ser dedicado por la ONU, nos enfocamos sobre el Agua. Sin embargo, creo que todavía fueron demasiadas estas prioridades.

Al terminar mi cargo, reconociendo lo que hemos avanzado juntos, veo todo lo que todavía podríamos hacer, mediante un trabajo de conjunto y con mejor organización. Continuemos caminando y haciendo camino al andar...

Enrique Marroquín cmf

Roma, el 16 de julio de 2003